









— 85 —

odo y apocahada, lo mismo que el estrecho puño de la camisa, con botones de oro y plata. Los zapallos, llamados *capitales*, eran de las telas diferentes, noidas al través.

Ménos igualdad que en los trajes se observaba en las personas, aunque las dos eran esbeltas; pues la una tenía los ojos negros, y la otra azules; aquella la cara más oval, algo más alta y blanca y mucho más seria. Tal vez le perdía de que la conversación afectase más á Ana que á Magdalena. Esta decía:

— ¡Y estás resuelto á casarte con D. Benito!

— Entormentado resuelto.

— Pues te alabo el gusto. Ana, píensalo bien.

— Está pensando. Lo dije que sí, y lo no volvería átras aunque me arripitases. No hay nada más despreciable que una persona incohesistente. Esas cosas así piensan antes.

— Pues no lo pensaba bien. No puede ser feliz con ese hombre, que es mucho mayor que tú: te lleva veinte y cinco años.

— No importa.

— Si no viese á ni lado ni vjejo con tus y reum... en fin, yo quiero un jóven alegre, ágil, que cuando pedia un árbol, no se comprenda como se sostiene, que cuando saltaba á caballo, que cogía á las cabecillas, y embolase á las abuelas, y zurre á sus rivales, y de confites á los chicos.

— ¡Eres la cabeza más viciosa...

— No es verdad. La tengo más llena de...

— Pájaro de todas clases.

— Ménos el pájaro de un novio, que no cabe.

— No tienes formalidad.

— Qué á mí habíamelo formalmente. Ana, serás desgraciada con un hombre.

— ¡Por qué?

— Porque no puedes estar enamorada de ese hombre.

— Lo aprecio.

— Eso no es amor. ¡Qué te gusta en ese personaje!

— Es buen sujeto, y me quiere mucho.

— ¡Y además es *señor*. Esto es lo que te extralva.

— Tú sabes que nuestra casa era la primera de los labradores, *casi de señores*, para lo cual solo nos faltaba un escalón.

— ¡Y quieres subirte!

— Hemos tenido un tío ricario, y otro capitán de milicias.

— ¡Y ahora quieres marido *señor*.

— No veo ningún mal. D. Benito es de la primera casa del pueblo.

— Siempre creí que te guiaba la vanidad.

— No creas que me anime la vanidad de llevar vestido en vez de jubón. Yo valgo con mi traje como con otro cualquiera.

— ¡Vales más, porque te hace un cuerpo!...

— ¡Y no puedo cambiar de ropa.

Blank page with faint bleed-through from the reverse side.



